

MUCHO MACHO

(Por Loca... como tu madre) ¿El me mira? Seguro que si me lo propongo, todos me miran. Hay que ser valiente para sostener, para avanzar. La mirada es fundamental y siempre con un objetivo que no me traicione.

Este verano no va a quedar hombre que pueda resistirse a las misteriosas caricias de la seducción.

El deseo es contagioso y llegaron los tiempos de las noches cortas pero intensas... las terrazas toman protagonismo porque las estrellas están más cerca y los vecinos pueden ser testigos de alguna pasión desenfrenada... la playa es el lugar para poder descubrir la forma que encaja perfecta en tu cuerpo...

Y los encuentros submarinos en la pileta, relajados, sin peso, en slow y con el silencio del agua...

Para muchas, llegar solas a esta época es lo peor, pero para nosotras es una gran oportunidad. El calor le da a la piel otra sensibilidad, nos movemos casi sin ropas... expuestas.

Los hombros, las piernas desnudas (sólo las mujeres sabemos lo que significa sacarnos las medias) y la mano de El tan al alcance, provocando, buscando... ¡Al fin! ¿Te depilaste?

Entre la fantasía y la realidad puede no haber diferencia, llegó el momento de vivir la mejor de nuestras fantasías.

Los machos argentinos son muchos y cada uno tiene su secreto. Hay quien te ama prolijamente después de haberte bañado; el divino triunfador que te convierte en la reina de sus dos ambientes a la calle; el tímido, que ni siquiera se anima a mirarte a los ojos y en la oscuridad te sorprende con sus manos perversas...

Hombres, hombres, hombres... y entre ellos el amor de tu vida. Por supuesto siempre con un preservativo, juntos, porque cuatro manos pueden más que dos.

Sabemos que podemos tener una infinita cantidad de orgasmos y no queremos que te los pierdas.

Por eso a partir de hoy, nosotras que somos miles y todas diferentes, te vamos a contar cada semana cómo hacer para conquistar a ese que te tiene loca y no te deja dormir.

Eran las seis en punto de una tarde de invierno. Por los arcos iluminados de las farolas se dibujaba el chispear de una llovizna borrosa y menuda, y el resplandor amarillento de las luces se perfilaba sobre las aceras. Entre un chapoteo de botas de goma, alzados los cuellos de sus impermeables, empapados los sombreros hongos, los más jóvenes salían de las oficinas de vuelta a casa, desafiando un viento de cardo...

—Buenas noches, señor Macey.

—¿Vienes por aquí, Charlie?

—¡Uf, qué noche más asquerosa!

—Buenas noches, señor Swan.

Y los mayores, colgados de los negros pajarracos de sus paraguas, se dejaban arrastrar, deslizándose por las estelas de la luz de gas, hacia sus cálidos, seguros hogares a prueba de tormenta, hacia esposas ya llamadas madres, perros pulgueros viejos y tiernos, y parloteos de radio.

Y las jóvenes oficinistas, chorreante el cabello bajo las capuchas, pintarrajeadas y perfumadas, corrían entre risitas y cogidas del brazo tras los estridentes tranvías y chillaban al salpicarse las medias con el aceite irisado de los charcos entre las resbaladizas vías.

Dos muchachas estaban desvistiendo un maniquí en un escaparate.

—¿Adónde vas a ir esta noche?

—Depende de Arthur. Ahí viene ésa.

—Edna, cuidado con la combinación.

Echaron los cierres de otra tienda.

Un niño que vendía periódicos voceaba muy suavemente desde un portal:

—¡Terremoto en Japón! ¡Terremoto en Japón!

El agua que goteaba de un canalón le estaba empapando los periódicos pero él seguía allí de pie quieto en su charquito.

La chica de la joyería, lisa y flaca, sin parar de lloriquear en un pañuelo, estaba echando con toda parsimonia los cierres metálicos y atracándolos con la barra de través. Bajo aquella lluvia gris parecía como si toda ella estuviera llorando.

Una apacible pareja enlutada estaba retirando las coronas expuestas delante de la floristería y ya se perdían por la mortecina y olorosa oscuridad del interior. Después se apagaron las luces.

Un hombre con un globo atado a la visera empujaba una misteriosa carretilla hacia un callejón sin salida.

Un niño con cara de viejo, sentado en su cochecito, a la puerta de la taberna observaba con absoluta pasividad cuanto le rodeaba.

Era la tarde de invierno más triste que he visto en mi vida. Pasó junto a mí una pareja riéndose a carcajadas. El chico, guapo y antipático, llevaba a la chica cogida por la cintura y lo que hacía la cosa más triste es que a ella eso parecía hacerla tan feliz.

Leslie y yo habíamos quedado en la esquina de Crimea Street. Eramos más o menos de la misma edad, demasiado mayores y demasiado pequeños. Leslie llevaba un paraguas cerrado que no usaba nunca, aunque a veces lo utilizaba para llamar a algún timbre. Se estaba dejando bigote pero no acababa de salirle del todo. Yo llevaba una visera a cuadros, que me solía ladear un poco. Nos saludamos muy serios:

—Hola, viejo, buenas noches.

—Buenas noches, Leslie.

—Llegas puntual, ¿eh?

Una rubia maciza pasaba en aquel momento por allí correteando, muy pendiente de sí y dejando como un rastro de olor a conejo empapado. Llevaba unos zapatos de tacón alto que le chapoteaban por la suela y repiqueteaban por el tacón. Leslie emitió, a su paso, un silbido admirativo pero bajito.

—Primero vamos a tratar de negocios —le dije yo.

—¡También tú...! —dijo Leslie.

—Pero si está muy gorda...

—A mí me gustan de esa talla —dijo Leslie—. ¿Te acuerdas de Penélope Bogan? Y encima, casada.



Por Dylan Thomas

LOS

Están aquellos que insisten en la incomprobable afirmación de que los mejores cuentos de fantasmas son los invocados por escritores que no frecuentan el género. Absurdo, protestamos. Entonces nos recuerdan esta historia del poeta inglés Dylan Thomas y, bueno, quizás algo de cierto haya en todo el asunto.

LOS VISITANTES

Por Dylan Thomas

Están aquellos que insisten en la incomprobable afirmación de que los mejores cuentos de fantasmas son los invocados por escritores que no frecuentan el género. Absurdo, protestamos. Entonces nos recuerdan esta historia del poeta inglés Dylan Thomas y, bueno, quizás algo de cierto haya en todo el asunto.

Eran las seis en punto de una tarde de invierno. Por los arcos iluminados de las farolas se dibujaba el chispear de una llovizna borrosa y menuda, y el resplandor amarillento de las luces se perfilaba sobre las aceras. Entre un chapoteo de botas de goma, alzados los cuellos de sus impermeables, empapados los sombreros hongos, los más jóvenes salían de las oficinas de vuelta a casa, desafiando un viento de cardo...

—Buenas noches, señor Macey.

—¿Vienes por aquí, Charlie?

—¡Uf, qué noche más asquerosa!

—Buenas noches, señor Swan.

Y los mayores, colgados de los negros pajarracos de sus paraguas, se dejaban arrastrar, deslizándose por las estelas de la luz de gas, hacia sus cálidos, seguros hogares a prueba de tormenta, hacia esposas ya llamadas madres, perros pulgueros viejos y tiernos, y parloteos de radio.

Y las jóvenes oficinistas, chorreante el cabello bajo las capuchas, pintarrajeadas y perfumadas, corrían entre risitas y cogidas del brazo tras los estridentes tranvías y chillaban al salpicarse las medias con el aceite irisado de los charcos entre las resbaladizas vías.

Dos muchachas estaban desvistiendo un maniquí en un escaparate.

—¿Adónde vas a ir esta noche?

—Depende de Arthur. Ahí viene ésa.

—Edna, cuidado con la combinación.

Echaron los cierres de otra tienda.

Un niño que vendía periódicos voceaba muy suavemente desde un portal:

—¡Terremoto en Japón! ¡Terremoto en Japón!

El agua que goteaba de un canalón le estaba empapando los periódicos pero él seguía allí de pie quieto en su charquito.

La chica de la joyería, lisa y flaca, sin parar de lloriquear en un pañuelo, estaba echando con toda parsimonia los cierres metálicos y atracándolos con la barra de través. Bajo aquella lluvia gris parecía como si toda ella estuviera llorando.

Una apacible pareja enlutada estaba retirando las coronas expuestas delante de la floristería y ya se perdían por la mortecina y olorosa oscuridad del interior. Después se apagaron las luces.

Un hombre con un globo atado a la visera empujaba una misteriosa carretilla hacia un callejón sin salida.

Un niño con cara de viejo, sentado en su cochecito, a la puerta de la taberna observaba con absoluta pasividad cuanto le rodeaba.

Era la tarde de invierno más triste que he visto en mi vida. Pasó junto a mí una pareja riéndose a carcajadas. El chico, guapo y antipático, llevaba a la chica cogida por la cintura y lo que hacía la cosa más triste es que a ella eso parecía hacerla tan feliz.

Leslie y yo habíamos quedado en la esquina de Crimea Street. Eramos más o menos de la misma edad, demasiado mayores y demasiado pequeños. Leslie llevaba un paraguas cerrado que no usaba nunca, aunque a veces lo utilizaba para llamar a algún timbre. Se estaba dejando bigote pero no acababa de salirle del todo. Yo llevaba una visera a cuadros, que me solía ladear un poco. Nos saludamos muy serios:

—Hola, viejo, buenas noches.

—Buenas noches, Leslie.

—Llegas puntual, ¿eh?

Una rubia maciza pasaba en aquel momento por allí correteando, muy pendiente de sí y dejando como un rastro de olor a conejo empapado. Llevaba unos zapatos de tacón alto que le chapoteaban por la suela y repiqueteaban por el tacón. Leslie emitió, a su paso, un silbido admirativo pero bajito.

—Primero vamos a tratar de negocios —le dije yo.

—¡También tú...! —dijo Leslie.

—Pero si está muy gorda...

—A mí me gustan de esa talla —dijo Leslie—. ¿Te acuerdas de Penélope Bogan? Y encima, casada.

—Venga, hombre. Menuda pajarraca era aquélla. ¿Cuánto dinero tienes, Les?

—Trece peniques. ¿Tú qué tal andas?

—Estoy en medio chelín.

—¿Adónde entonces? ¿A Las Brújulas?

—En el Marlborough el queso lo dan gratis.

Nos pusimos a andar en dirección al Marlborough sorteando varillas de paraguas, al tiempo que el aire ceñía contra nuestros cuerpos los tenues impermeables al resplandor de las farolas. Los desperdicios callejeros, papeles, cáscaras, colillas, grumos de porquería, empapados, revueltos y arrastrados por el vendaval, se quedaban flotando en los canales de los desagües con un rumor que se mezclaba al reumático estruendo de los descarnados tranvías y al pitido ululante de un barco abandonado en mitad de la bahía como una gran lechuza. Leslie dijo:

—¿Y qué vamos a hacer luego, oye?

—Podemos seguir a alguna chica.

—¿Te acuerdas de aquella que seguimos por Kitchener Street, la que perdió el bolso?

—Sí, se lo debías haber devuelto.

—Para un mendrugo de pan con mermelada que tenía dentro...

—Venga, pasa —dije yo.

El Marlborough estaba frío y desierto. De las paredes humedecidas colgaban carteles diversos: Prohibido cantar. Prohibido bailar. Prohibido vender. Prohibido jugar.

—Anda, ánimate a cantar —le dije a Leslie—, luego bailo yo, echamos una partida de naipes por lo serio y acabo dejando aquí hasta los tirantes.

La camarera, rubia platino y con un par de dientes de oro como un conejito millonario, se estaba limando y pintando las uñas. Cuando entramos hizo un alto para mirarnos y siguió pintándose y limándose las uñas sin ninguna convicción.

—Se ve bien que no es sábado —dije yo—. Buenas noches. Dos pintas.

—Y una libra esterlina —dijo Leslie tratando de hacerse el gracioso.

—Dame tu dinero lo primero —le dije a Leslie bajito, y luego ya más alto para que se oyera—: Se nota mucho que no es sábado, no se ve ni un borracho.

—Es que no hay ni un alma —dijo Leslie.

Entre aquellas desconchadas y descoloridas paredes parecía imposible que se hubiera podido llegar a emborrachar nunca nadie. Solían venir representantes que contaban chistes y se tomaban su whisky con soda, en compañía de mujeres teñidas y bulliciosas, de las de un-oporto-con-limón. Por aquellos rincones, los tristes clientes asiduos, cuando ya se les empezaba a trabar la lengua, se convertían en entes sublimes que inventaban pasados flamantes y se las daban de ricos, influyentes y famosos. Viejecitas réprobas vestidas de negro acudían también a pimplar y cotillear. Infelices don nadies que se lanzaban a arreglar el mundo. Un tipo de pendientes, un tal Frilly Willy, tocaba un piano desvencijado que sonaba como un organillo dentro del agua, hasta que la mujer del tabernero decía "basta". Entraban y salían extraños, salían sobre todo. De los valles bajaban mineros a beber desatinadamente y era frecuente que formaran gresca. Siempre había como un ganso flotando por el aire denso de aquel inhóspito y sórdido local perdido: discusiones, risitas, bravuconadas, disparates y atrocidades, emociones, cháchanas necias, paz, nunca dejaba de haber algo en aquel monótono confín de la ciudad donde muere el ferrocarril. Pero aquella tarde era el bar más triste que he visto en mi vida.

Leslie dijo en voz baja: "¿Tú crees que nos fiará una cerveza?"

—Espera un poco, hombre —susurré yo—. Hay que ablandarla primero.

Pero la camarera me había oído y me lanzó una mirada que me traspasó como si estuviera poniendo al descubierto toda mi vida desde mi primera cuna y luego sacudió la cabeza como dejándome por imposible.

—No sé lo que es —dijo Leslie mientras volvíamos por Crimea Street bajo la lluvia—, pero estoy como sin ganas esta noche.

—Es que es la noche más triste del mundo —dije.

Empapados y solitarios nos paramos a mirar las carteleras de un cine que llamábamos el Picadero. Una semana tras otra, durante años, habíamos entrado a sentarnos allí, al borde de aquellas desvencijadas butacas, en la oscuridad, al principio con nuestros caramelos y cacahuetes que crujían como disparos y luego con nuestros pitillos: de una marca especialmente barata que hubiera hecho reventar a un comedor de fuego.

—¿Entramos a ver a Lon Chaney —dije— y a Richard Talmadge y a Milton Sillis y a... a Noah Beary... y a Richard Dix y a Slim Summerville y a Hoot Gibson?

Suspiramos los dos melancólicamente.

—Nos vamos haciendo viejos —dije.

Apretamos el paso y salpicábamos al arrastrar los pies a los que se cruzaban con nosotros.

—¿Por qué no abres el paraguas? —dije.

—No se puede. Mira a ver si puedes tú.

Lo intentamos los dos a la vez y se infló de repente la panza del paraguas. Las varillas atravesaron y rasgaron la tela y el viento azotaba aquellos andrajos que se pusieron a rezongar sobre nuestras cabezas como un despeluchado pájaro matemático. Lo quisimos cerrar, pero una varilla le asomaba ahora por los harapientos costillares. Leslie lo llevaba a rastras por la acera.

Una chica llamada Dulcie que iba corriendo hacia el Picadero nos saludó sonriente y nos paramos con ella.

—Ha pasado una cosa terrible —le dije.

Era tan tonta aquella chica, con quince años que tenía, que una vez se había comido una pastilla de jabón sólo porque Leslie le dijo que con eso se rizaba el pelo.

—Ya sé —dijo ella—. Que se os ha roto el paraguas.

—Te equivocas —dijo Leslie—. No es nuestro este paraguas. Nos lo han tirado desde una azotea. ¿No lo notas?

Ella cogió el paraguas por el mango cuidadosamente.

—Ahí arriba hay uno que se dedica a tirar paraguas —dije—. Puede ser peligroso.

Ella se sonrió intranquila y luego se revolvió silenciosa y angustiada cuando oyó que Leslie decía:

—Sabe Dios, igual le da luego por tirar bastones.

—O máquinas de coser —dije yo.

—Espéranos aquí, Dulcie, que vamos a hacer una investigación —dijo Leslie.

Nos echamos a andar calle abajo y en cuanto doblamos la esquina salimos corriendo.

Al llegar al café Rabiotti dijo Leslie:

—Nos hemos portado mal con Dulcie...

Pero ya no volvimos a hablar del asunto.

Una chica calada de lluvia nos rozó al pasar. Sin decir una palabra, nos pusimos a seguirla. Andaba dando enormes zancadas, medio al galope, y nosotros la íbamos siguiendo sin perderle pie, primero por Inkerman Street y por el Paradise Pasage más tarde.

—No sé para qué tanto seguir a la gente —dijo Leslie—. Es una imbecilidad. Es que no sirve para nada. Te pones a mirar por la ventana para ver lo que hacen, te encuentras siempre con las cortinas echadas. Yo creo que sólo a ti y a mí se nos ocurren estas cosas.

—Vete tú a saber —dije yo.

La chica dobló por St. Augustus Crescent, una amplia mancha de niebla iluminada.

—La gente siempre sigue a la gente. ¿Qué nombre te parece que le podemos poner a ésta?

—Hermione Watherby —dijo Leslie, que siempre acertaba con los nombres. Hermione era esbelta y musculosa y caminaba bajo aquella punzante y molesta lluvia como una digna profesora de gimnasia.

—Vete tú a saber lo que te puedes encontrar por ahí. A lo mejor vive en una casa grande con todas sus hermanas...

—¿Cuántas?

—Siete. Todas llenas de amor. Y al llegar a casa se ponen kimonos y se echan encima de camas turcas a oír música y a cuchichearse cosas al oído y todo lo que están esperando es que llegue alguien así como tú y yo, gente perdida, y nos salen todas al encuentro cotorreando como estorninos y nos ponen kimonos a nosotros también y ya de esa casa no salimos como no sea muertos. A lo mejor es una casa preciosa, bulliciosa, acogedora, como un baño caliente lleno de pájaros.

—Déjate de pájaros en el baño —dijo Leslie—. Igual llega a casa y se abre las venas. A mí me da igual lo que haga con tal de que sea interesante.

Ella dio un saltito, dobló la esquina y se metió por una calle donde suspiraban los árboles y relucían amigables luces en las ventanas.

—Déjate de plumas en la bañera —dijo Leslie.

Hermione se metió en el número trece de Miramar.

—Miramar no sé cómo, como no sea con un periscopio —dijo Leslie.

Nos paramos en la acera de enfrente, al resplandor vacilante de una farola. Y cuando Hermione abrió la puerta nos acercamos de puntillas y nos metimos por un lateral hasta llegar a la parte trasera de la casa adonde daba una ventana que no tenía cortinas.

La madre de Hermione, cordial y gordita como una lechuza, estaba friendo patatas con su delantal puesto.

—Tengo hambre —dije.

—¡Chsss!

Llegamos al borde mismo de la ventana y en esto Hermione entró en la cocina. Ya era mayor, tendría unos treinta años, con un corte de pelo a lo garçon y ojos grandes y cálidos. Llevaba unas gafas de esas que se rematan en un cuernecito y llevaba un pichi a cuadros y una blusa blanca con chorrera. Parecía intentar componer la figura de una secretaria de película que sólo con quitarse las gafas, atusarse el pelo y ponerse de tiros largos se convertiría en un ser deslumbrante y lograría que su jefe Warner Baxter se pusiera nervioso y no parara hasta casarse con ella. Pero lo malo era que si Hermione se quitaba las gafas no podía distinguir entre Warner Baxter y el cobrador de la luz.

Estábamos tan cerca de la ventana que oíamos el chisporroteo de las patatas.

—¿Qué tal por la oficina, querida? Vaya un tiempo —dijo la madre de Hermione sin dejar de vigilar las patatas.

—¿A ésa qué nombre le pones, Les?

—Hetty.

Todo en aquella cálida cocina, desde el bote de té y el reloj de la abuela hasta la gata con su ronroneo de tetera, era bueno, aburrido y suficiente.

—El señor Truscott ha estado insoportable —dijo Hermione calzándose las zapatillas.

—¿Y el kimono? —dijo Leslie.

—Toma una taza de té —dijo Hetty.

—Todo es demasiado perfecto en esta ratonera —dijo Leslie—, pero ¿y las siete hermanas como estorninos? —se quejó.

La lluvia empezó a arreciar. Ya caía a cántaros sobre el negro jardín, sobre aquella confortable casita, sobre nosotros y sobre la ciudad escondida y callada. En aquel momento, en el refugio de Marlborough, el piano submarino seguiría destripando "Daisy" y las bulliciosas mujeres estarían sorbiendo como gallinas el oporto de sus vasitos.

Hetty y Hermione se pusieron a cenar. Dos muchachos calados hasta los tuétanos las contemplaban con envidia.

—Echa un poquito de salsa en las patatas —cuchicheó Leslie. Y mira por dónde Hermione le obedeció.

—¿Es que no pasa nunca nada en ninguna parte? —dije yo—. ¿En ninguna parte del mundo? Yo creo que todas esas historias de crímenes y violaciones se las inventan los periódicos. Ya no queda pecado ni amor ni muerte ni perlas ni divorcios ni abrigos de visón ni arsénico en el chocolate ni nada de nada...

—Ya nos podrían poner un poquito de música para que bailemos —dijo Leslie—. No todas las noches tienen dos tíos que vengan a verlas. Todas las noches desde luego que no.

Por todas partes de la ciudad pululaba gente que no tenía nada que hacer ni sabía adónde ir, gente sin un penique en el bolsillo, gente perdida bajo la lluvia. Pero no pasaba nada.

—Me voy a coger una pulmonía —dijo Leslie.

La gata y el fuego acompasaban con un ronroneo el tictac del tiempo que se iba llevando nuestras vidas. Ya habían terminado de cenar Hetty y Hermione cuando después de un largo rato sin dirigirse la palabra se miraron sonrientes, confiadas y felices, en el seno de aquella cajita iluminada, se pusieron de pie y se quedaron frente a frente.

—Va a pasar algo divertido —dije yo con voz muy tenue.

—Ahora, ahora —dijo Leslie.

Ya ni siquiera hacíamos caso de aquella lluvia pertinaz.

Las dos mujeres se seguían mirando con una sonrisa silenciosa.

—Ahora, ahora.

Y oímos cómo Hetty decía con un hilo de voz:

—Trae el álbum, querida.

Hermione abrió un aparador, sacó un pálido álbum de fotos y lo puso en medio de la mesa. Luego ella y Hetty se sentaron y se pusieron a hojearlo.

—Mira el tío Eliot, el que murió en Porthcawl —dijo Hetty—. Al que le daban calambres.

Y miraban con todo cariño al tío Eliot pero sin verlo.

—Mira, Martha, las lanas, tú ya no te acordarás de ella, querida, pero le daba por la lana, la lana y la lana. Quería que la enterrasen con un jersey malva que tenía, pero su marido, que había estado en la India, no quiso dar su brazo a torcer. Y mira tu tío Morgan —dijo Hetty— de los Kidwelly Morgan, ¿te acuerdas de él el día de la nevada?

Hermione pasó la página.

—Mira a Myfanwy que se volvió loca de repente, ¿no te acuerdas? Estaba ordeñando la vaca. Tu primo Jim, el cura, hasta que se descubrió todo. Y nuestra Beryl —dijo Hetty.

Hablaba como si estuviera repitiendo una entrañable lección sabida de memoria, pero sabíamos que ella y Hermione estaban a la expectativa de algo. Hermione pasó otra página y cuando las dos se sonrieron con complicidad comprendimos que había llegado el tan anhelado momento.

—Mi hermana Katinka —dijo Hetty.

—La tía Katinka —dijo Hermione. Y contemplaron la foto más de cerca.

—¿Te acuerdas de aquel día en Aberystwyth Katinka? —dijo Hetty—, el día que salimos de excursión con los del coro...

—Yo llevaba mi nuevo vestido blanco —dijo una nueva voz.

Leslie me agarró la mano con fuerza.

—Y un sombrero de paja con pajaritos —dijo nítidamente la voz aquella.

Hermione y Hetty no despegaban los labios.

—A mí siempre me encantaron los pajaritos en los sombreros. Bueno, las plumas, se entiende. Era el tres de agosto y yo tenía veintitrés años.

—Veintitrés ibas a cumplir en octubre —dijo Hetty.

—Es verdad, cariño —replicó la voz—. Yo era escorpión. Nos encontramos con Douglas Pugh por el paseo y me dijo: "Hoy pareces una reina, Katinka". Eso me dijo, que parecía una reina. ¿Y qué hacen, por cierto, esos dos chicos mirando ahí por la ventana?

Salimos de estampida por el callejón hasta que aparecimos en St. August Crescent. La lluvia arreciaba como anegando la ciudad. Nos paramos a tomar aliento. Ni nos hablábamos ni nos mirábamos, seguimos andando bajo la lluvia y al llegar a la esquina de Victoria nos volvimos a parar.

—Buenas noches, viejo —dijo Leslie.

—Buenas noches, —dije yo.

Y cada cual tiró por su lado.

S VISITANTES

—Venga, hombre. Menuda pajarraca era aquélla. ¿Cuánto dinero tienes, Les?

—Trece peniques. ¿Tú qué tal andas?

—Estoy en medio chelín.

—¿Adónde entonces? ¿A Las Brújulas?

—En el Marlborough el queso lo dan gratis.

Nos pusimos a andar en dirección al Marlborough sorteando varillas de paraguas, al tiempo que el aire ceñía contra nuestros cuerpos los tenues impermeables al resplandor de las farolas. Los desperdicios callejeros, papeles, cáscaras, colillas, grumos de porquería, empapados, revueltos y arrastrados por el vendaval, se quedaban flotando en los canales de los desagües con un rumor que se mezclaba al reumático estruendo de los descarnados tranvías y al pitido ululante de un barco abandonado en mitad de la bahía como una gran lechuza. Leslie dijo:

—¿Y qué vamos a hacer luego, oye?

—Podemos seguir a alguna chica.

—¿Te acuerdas de aquella que seguimos por Kitchener Street, la que perdió el bolso?

—Sí, se lo debías haber devuelto.

—Para un mendrugo de pan con mermelada que tenía dentro...

—Venga, pasa —dije yo.

El Marlborough estaba frío y desierto. De las paredes humedecidas colgaban carteles diversos: Prohibido cantar. Prohibido bailar. Prohibido vender. Prohibido jugar.

—Anda, ánimate a cantar —le dije a Leslie—, luego bailo yo, echamos una partida de naipes por lo serio y acabo dejando aquí hasta los tirantes.

La camarera, rubia platino y con un par de dientes de oro como un conejito millonario, se estaba limando y pintando las uñas. Cuando entramos hizo un alto para mirarnos y siguió pintándose y limándose las uñas sin ninguna convicción.

—Se ve bien que no es sábado —dije yo—. Buenas noches. Dos pintas.

—Y una libra esterlina —dijo Leslie tratando de hacerse el gracioso.

—Dame tu dinero lo primero —le dije a Leslie bajito, y luego ya más alto para que se oyera—: Se nota mucho que no es sábado, no se ve ni un borracho.

—Es que no hay ni un alma —dijo Leslie.

Entre aquellas desconchadas y descoloridas paredes parecía imposible que se hubiera podido llegar a emborrachar nunca nadie. Solían venir representantes que contaban chistes y se tomaban su whisky con soda, en compañía de mujeres teñidas y bulliciosas, de las de un-oporto-con-limón. Por aquellos rincones, los tristes clientes asiduos, cuando ya se les empezaba a trabar la lengua, se convertían en entes sublimes que inventaban pasados flamantes y se las daban de ricos, influyentes y famosos. Viejecitas réprobas vestidas de negro acudían también a pimplar y cotillear. Infelices don nadies que se lanzaban a arreglar el mundo. Un tipo de pendientes, un tal Frilly Willy, tocaba un piano desvencijado que sonaba como un organillo dentro del agua, hasta que la mujer del tabernero decía "basta". Entraban y salían extraños, salían sobre todo. De los valles bajaban mineros a beber desatinadamente y era frecuente que formaran gresca. Siempre había como un ganso flotando por el aire denso de aquel inhóspito y sórdido local perdido: discusiones, risitas, bravuconadas, disparates y atrocidades, emociones, cháchara necias, paz, nunca dejaba de haber algo en aquel monótono confín de la ciudad donde muere el ferrocarril. Pero aquella tarde era el bar más triste que he visto en mi vida.

Leslie dijo en voz baja: "¿Tú crees que nos fiará una cerveza?"

—Espera un poco, hombre —susurré yo—. Hay que ablandarla primero.

Pero la camarera me había oído y me lanzó una mirada que me traspasó como si estuviera poniendo al descubierto toda mi vida desde mi primera cuna y luego sacudió la cabeza como dejándome por imposible.

—No sé lo que es —dijo Leslie mientras volvíamos por Crimea Street bajo la lluvia—, pero estoy como sin ganas esta noche.

—Es que es la noche más triste del mundo —dije.

Empapados y solitarios nos paramos a mirar las carteleras de un cine que llamábamos el Picadero. Una semana tras otra, durante años, habíamos entrado a sentarnos allí, al borde de aquellas desvencijadas butacas, en la oscuridad, al principio con nuestros caramelos y cacahuetes que crujían como disparos y luego con nuestros pitillos: de una marca especialmente barata que hubiera hecho reventar a un comedor de fuego.

—¿Entramos a ver a Lon Chaney —dije— y a Richard Talmadge y a Milton Sillis y a... a Noah Beary... y a Richard Dix y a Slim Summerville y a Hoot Gibson?

Suspiramos los dos melancólicamente.

—Nos vamos haciendo viejos —dije.

Apretamos el paso y salpicábamos al arrastrar los pies a los que se cruzaban con nosotros.

—¿Por qué no abres el paraguas? —dije.

—No se puede. Mira a ver si puedes tú.

Lo intentamos los dos a la vez y se infló de repente la panza del paraguas. Las varillas atravesaron y rasgaron la tela y el viento azotaba aquellos andrajos que se pusieron a rezongar sobre nuestras cabezas como un despeluchado pájaro matemático. Lo quisimos cerrar, pero una varilla le asomaba ahora por los harapientos costillares. Leslie lo llevaba a rastras por la acera.

Una chica llamada Dulcie que iba corriendo hacia el Picadero nos saludó sonriente y nos paramos con ella.

—Ha pasado una cosa terrible —le dije.

Era tan tonta aquella chica, con quince años que tenía, que una vez se había comido una pastilla de jabón sólo porque Leslie le dijo que con eso se rizaba el pelo.

—Ya sé —dijo ella—. Que se os ha roto el paraguas.

—Te equivocas —dijo Leslie—. No es nuestro este paraguas. Nos lo han tirado desde una azotea. ¿No lo notas?

Ella cogió el paraguas por el mango cuidadosamente.

—Ahí arriba hay uno que se dedica a tirar paraguas —dije—. Puede ser peligroso.

Ella se sonrió intranquila y luego se revolvió silenciosa y angustiada cuando oyó que Leslie decía:

—Sabe Dios, igual le da luego por tirar bastones.

—O máquinas de coser —dije yo.

—Espéranos aquí, Dulcie, que vamos a hacer una investigación —dijo Leslie.

Nos echamos a andar calle abajo y en cuanto doblamos la esquina salimos corriendo.

Al llegar al café Rabiotti dijo Leslie:

—Nos hemos portado mal con Dulcie...

Pero ya no volvimos a hablar del asunto.

Una chica calada de lluvia nos rozó al pasar. Sin decir una palabra, nos pusimos a seguirla. Andaba dando enormes zancadas, medio al galope, y nosotros la íbamos siguiendo sin perderle pie, primero por Inkerman Street y por el Paradise Pasage más tarde.

—No sé para qué tanto seguir a la gente —dijo Leslie—. Es una imbecilidad. Es que no sirve para nada. Te pones a mirar por la ventana para ver lo que hacen, te encuentras siempre con las cortinas echadas. Yo creo que sólo a ti y a mí se nos ocurren estas cosas.

—Vete tú a saber —dije yo.

La chica dobló por St. Augustus Crescent, una amplia mancha de niebla iluminada.

—La gente siempre sigue a la gente. ¿Qué nombre te parece que le podemos poner a ésta?

—Hermione Watherby —dijo Leslie, que siempre acertaba con los nombres. Hermione era esbelta y musculosa y caminaba bajo aquella punzante y molesta lluvia como una digna profesora de gimnasia.

—Vete tú a saber lo que te puedes encontrar por ahí. A lo mejor vive en una casa grande con todas sus hermanas...

—¿Cuántas?

—Siete. Todas llenas de amor. Y al llegar a casa se ponen kimonos y se echan encima de camas turcas a oír música y a cuchichearse cosas al oído y todo lo que están esperando es que llegue alguien así como tú y yo, gente perdida, y nos salen todas al encuentro cotorreando como estorninos y nos ponen kimonos a nosotros también y ya de esa casa no salimos como no sea muertos. A lo mejor es una casa preciosa, bulliciosa, acogedora, como un baño caliente lleno de pájaros.

—Déjate de pájaros en el baño —dijo Leslie—. Igual llega a casa y se abre las venas. A mí me da igual lo que haga con tal de que sea interesante.

Ella dio un saltito, dobló la esquina y se metió por una calle donde suspiraban los árboles y relucían amigables luces en las ventanas.

—Déjate de plumas en la bañera —dijo Leslie.

Hermione se metió en el número trece de Miramar.

—Miramar no sé cómo, como no sea con un periscopio —dijo Leslie.

Nos paramos en la acera de enfrente, al resplandor vacilante de una farola. Y cuando Hermione abrió la puerta nos acercamos de puntillas y nos metimos por un lateral hasta llegar a la parte trasera de la casa adonde daba una ventana que no tenía cortinas.

La madre de Hermione, cordial y gordita como una lechuza, estaba friendo patatas con su delantal puesto.

—Tengo hambre —dije.

—¡Chsss!

Llegamos al borde mismo de la ventana y en esto Hermione entró en la cocina. Ya era mayor, tendría unos treinta años, con un corte de pelo a lo garçon y ojos grandes y cálidos. Llevaba unas gafas de esas que se rematan en un cuernecito y llevaba un pichi a cuadros y una blusa blanca con chorrera. Parecía intentar componer la figura de una secretaria de película que sólo con quitarse las gafas, atusarse el pelo y ponerse de tiros largos se convertiría en un ser deslumbrante y lograría que su jefe Warner Baxter se pusiera nervioso y no parara hasta casarse con ella. Pero lo malo era que si Hermione se quitaba las gafas no podía distinguir entre Warner Baxter y el cobrador de la luz.

Estábamos tan cerca de la ventana que oíamos el chisporroteo de las patatas.

—¿Qué tal por la oficina, querida? Vaya un tiempo —dijo la madre de Hermione sin dejar de vigilar las patatas.

—¿A ésa qué nombre le pones, Les?

—Hetty.

Todo en aquella cálida cocina, desde el bote de té y el reloj de la abuela hasta la gata con su ronroneo de tetera, era bueno, aburrido y suficiente.

—El señor Truscott ha estado insoportable —dijo Hermione calzándose las zapatillas.

—¿Y el kimono? —dijo Leslie.

—Toma una taza de té —dijo Hetty.

—Todo es demasiado perfecto en esta ratonera —dijo Leslie—, pero ¿y las siete hermanas como estorninos? —se quejó.

La lluvia empezó a arreciar. Ya caía a cántaros sobre el negro jardín, sobre aquella confortable casita, sobre nosotros y sobre la ciudad escondida y callada. En aquel momento, en el refugio de Marlborough, el piano submarino seguiría destripando "Daisy" y las bulliciosas mujeres estarían sorbiendo como gallinas el oporto de sus vasitos.

Hetty y Hermione se pusieron a cenar. Dos muchachos calados hasta los tuétanos las contemplaban con envidia.

—Echa un poquito de salsa en las patatas —cuchicheó Leslie. Y mira por dónde Hermione le obedeció.

—¿Es que no pasa nunca nada en ninguna parte? —dije yo—. ¿En ninguna parte del mundo? Yo creo que todas esas historias de crímenes y violaciones se las inventan los periódicos. Ya no queda pecado ni amor ni muerte ni perlas ni divorcios ni abrigos de visón ni arsénico en el chocolate ni nada de nada...

—Ya nos podrían poner un poquito de música para que bailemos —dijo Leslie—. No todas las noches tienen dos tíos que vengan a verlas. Todas las noches desde luego que no.

Por todas partes de la ciudad pululaba gente que no tenía nada que hacer ni sabía adónde ir, gente sin un penique en el bolsillo, gente perdida bajo la lluvia. Pero no pasaba nada.

—Me voy a coger una pulmonía —dijo Leslie.

La gata y el fuego acompasaban con un ronroneo el tictac del tiempo que se iba llevando nuestras vidas. Ya habían terminado de cenar Hetty y Hermione cuando después de un largo rato sin dirigirse la palabra se miraron sonrientes, confiadas y felices, en el seno de aquella cajita iluminada, se pusieron de pie y se quedaron frente a frente.

—Va a pasar algo divertido —dije yo con voz muy tenue.

—Ahora, ahora —dijo Leslie.

Ya ni siquiera hacíamos caso de aquella lluvia pertinaz.

Las dos mujeres se seguían mirando con una sonrisa silenciosa.

—Ahora, ahora.

Y oímos cómo Hetty decía con un hilo de voz:

—Trae el álbum, querida.

Hermione abrió un aparador, sacó un pálido álbum de fotos y lo puso en medio de la mesa. Luego ella y Hetty se sentaron y se pusieron a hojearlo.

—Mira el tío Eliot, el que murió en Porthcawl —dijo Hetty—. Al que le daban calambres.

Y miraban con todo cariño al tío Eliot pero sin verlo.

—Mira, Martha, las lanas, tú ya no te acordarás de ella, querida, pero le daba por la lana, la lana y la lana. Quería que la enterrasen con un jersey malva que tenía, pero su marido, que había estado en la India, no quiso dar su brazo a torcer. Y mira tu tío Morgan —dijo Hetty— de los Kidwelly Morgan, ¿te acuerdas de él el día de la nevada?

Hermione pasó la página.

—Mira a Myfanwy que se volvió loca de repente, ¿no te acuerdas? Estaba ordeñando la vaca. Tu primo Jim, el cura, hasta que se descubrió todo. Y nuestra Beryl —dijo Hetty.

Hablaba como si estuviera repitiendo una entrañable lección sabida de memoria, pero sabíamos que ella y Hermione estaban a la expectativa de algo. Hermione pasó otra página y cuando las dos se sonrieron con complicidad comprendimos que había llegado el tan anhelado momento.

—Mi hermana Katinka —dijo Hetty.

—La tía Katinka —dijo Hermione. Y contemplaron la foto más de cerca.

—¿Te acuerdas de aquel día en Aberystwyth Katinka? —dijo Hetty—, el día que salimos de excursión con los del coro...

—Yo llevaba mi nuevo vestido blanco —dijo una nueva voz.

Leslie me agarró la mano con fuerza.

—Y un sombrero de paja con pajaritos —dijo nítidamente la voz aquella.

Hermione y Hetty no despegaban los labios.

—A mí siempre me encantaron los pajaritos en los sombreros. Bueno, las plumas, se entiende. Era el tres de agosto y yo tenía veintitrés años.

—Veintitrés ibas a cumplir en octubre —dijo Hetty.

—Es verdad, cariño —replicó la voz—. Yo era escorpión. Nos encontramos con Douglas Pugh por el paseo y me dijo: "Hoy pareces una reina, Katinka". Eso me dijo, que parecía una reina. ¿Y qué hacen, por cierto, esos dos chicos mirando ahí por la ventana?

Salimos de estampida por el callejón hasta que aparecimos en St. August Crescent. La lluvia arreciaba como anegando la ciudad. Nos paramos a tomar aliento. Ni nos hablábamos ni nos mirábamos, seguimos andando bajo la lluvia y al llegar a la esquina de Victoria nos volvimos a parar.

—Buenas noches, viejo —dijo Leslie.

—Buenas noches, —dije yo.

Y cada cual tiró por su lado.

Juegos

Sopas de letras

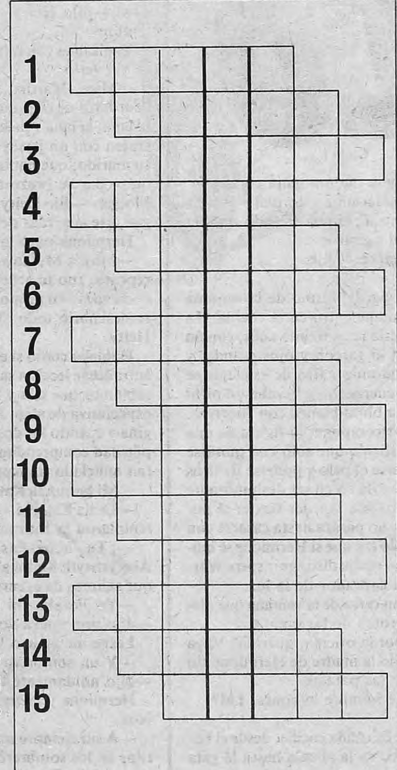
► Localice en la SOPA 23 nombres de ciudades de los Estados Unidos de América.

H	C	B	Y	M	E	M	P	H	I	S	C	G	J	A	N	I	C	S	A	L	L	A	D	B	I	T	S	S	P	N
O	S	C	L	T	S	N	A	E	L	R	O	A	V	E	U	N	S	K	L	R	T	E	G	M	Y	D	A	O	P	V
U	I	I	A	O	D	G	Y	S	D	R	E	S	A	T	E	D	E	S	C	A	N	D	A	F	G	N	R	T	N	O
S	L	N	I	S	S	A	N	D	I	E	G	O	V	C	V	I	L	S	D	V	A	I	S	D	F	Q	E	R	O	A
T	O	C	F	A	E	R	A	X	P	H	O	E	N	I	A	A	E	E	E	E	M	M	R	R	H	U	I	G	T	I
O	P	I	L	S	D	R	N	I	L	B	V	C	Z	E	Y	N	G	R	J	L	Ñ	P	A	D	F	T	A	X	G	B
N	A	N	E	V	F	R	T	G	J	I	U	T	R	T	O	A	N	K	L	I	A	N	R	T	D	C	L	O	N	M
Z	E	N	D	O	S	A	P	L	E	G	T	C	D	J	R	P	A	N	M	K	C	R	E	T	I	S	D	R	I	U
Z	N	A	A	U	R	F	E	A	T	L	A	N	T	A	K	O	S	G	H	I	L	P	M	H	D	F	R	T	H	L
Z	N	T	L	X	D	T	I	O	R	T	E	D	B	H	L	L	O	B	S	V	G	N	C	M	L	G	A	E	S	O
S	I	I	I	X	G	Y	I	L	Ñ	P	O	S	C	V	Z	I	L	C	D	S	A	L	E	M	O	Ñ	P	U	A	C
S	M	F	F	E	R	Y	T	I	C	S	A	S	N	A	K	S	O	S	A	C	R	A	M	E	N	T	O	S	W	C

De cine

► Resolviendo las definiciones obtendrá, en la columna señalada, el título de una película de director extranjero.

1. Apariencia engañosa hecha con arte. 2. Leña o carbón encendido. 3. Membrana externa de los peces. 4. Espacio indefinido en el cual se mueven los astros. 5. Recluso. 6. Lengua de tierra que une dos continentes. 7. Que no está limpio. 8. Conjunto de casillas de cera. 9. Campo para pasto del ganado. 10. Antepuerta o tapiz. 11. Lengua del Lacio. 12. Tonalidad. 13. Masa que forma la tierra con el agua. 14. Tenacilla de metal o madera. 15. Casa de huéspedes.



Ríos de tinta

► En un principio me asusté, luego me di cuenta de que negro Sam no era otro que Samuel Moreno, un amigo que trabaja en no sé que Confederación Hidrográfica. Me puse a buscar ríos en el falso mensaje y me salieron siete, dos italianos y otros cinco europeos que desembocan, muy cerca uno de otros, en el Atlántico Norte.

NEGRO SAM

IRA POR TI

EL SABADO

A CANNES

Solución

RIOS DE TINTA:

Po, Tiber, Sena, Garona, Mosa, Escalda y Rin.

DE CINE:

1 TRUCO
2 BRASA
3 ALETA
4 CIELO
5 PRESO
6 ISTMO
7 SUCIO
8 PANAL
9 PRADO
10 DOSEL
11 LATIN
12 COLOR
13 BARRO
14 PINZA
15 HOTEL

SOPAS DE LETRAS: